9 – Entre los esquimales

Unos días después de mi viaje con Makani al reino del hielo eterno, me encontraba de pie en mi balcón.
Miraba hacia el mar, cuando sentí esa corriente inconfundible de aire, ese soplo que solo podía ser suyo.

—¿Otra vez en camino, Makani? —pensé sonriendo.

Un murmullo leve respondió en mi interior:
—El sur calla ahora. El norte me llama.

Cerré los ojos. El calor se desvaneció, el viento giró, y en su estela olí la nieve. Un destello de hielo, de luz lejana, rozó mi frente.

—Ven —dijo Makani—. Hay hombres que viven con el frío, y lo aman, como tú amas el mar.

Respiré hondo. Entonces el mundo se disolvió de nuevo, y el viento me llevó consigo.

Cuando recobré la conciencia, todo era blanco. No el blanco del vacío, sino el blanco que lo contiene todo: silencio, profundidad, luz y muerte.

El cielo y la tierra se habían unido. No había horizonte, ni arriba ni abajo —

solo el canto helado del silencio
en cada respiración.

Yacía sobre una manta de piel.
Mi aliento flotaba como humo, el frío no mordía:
cantaba, un canto suave de prueba y pureza.

Makani había desaparecido.

O no: estaba en todas partes.
Lo sentía en la vibración del aire,
rozando apenas mis pestañas.

Un nuevo nombre vino a mí: **Sila**, el espíritu del aliento, el que lo penetra todo sin ser visto.
Era Makani con su rostro de invierno —
irreconocible, pero cercano.

Entonces los vi venir, con sus perros:
puntos oscuros en la blancura cegadora,
trineos de hueso y madera, arrastrados por sombras que ladraban.

Sus rostros apenas visibles, envueltos en pieles,
solo los ojos, como carbones encendidos,
observaban el mundo con calma, con un saber nacido de siglos.

No entendía su lengua, pero reían.
Uno me puso una manta sobre los hombros.
El calor significaba vida, y la vida era sagrada.

El anciano —un hombre con manos de madera flotante— me miró y asintió.
Se llamaba Nanuq, como el oso polar.

—Sila te ha traído —dijo—.
Eres un viajero entre los vientos.

Me llevaron a su aldea, una hondonada de nieve y piedra, donde los iglús brillaban como lunas sobre el hielo.

Dentro olía a grasa, a humo, a animal, a humanidad, a vida. Una lámpara de aceite de ballena ardía.

Calenté mis manos, y una mujer me ofreció carne —cruda, pero deliciosa.

Comí, y ellos sonrieron. —Quien comparte, vive más —dijo Nanuq.

Y comprendí: aquí dar no era generosidad, sino necesidad, un pacto con el frío.

Las noches llegaban pronto. La luz era azul, como de un sueño. A veces oía el crujido del hielo, como el aliento de un gigante dormido.

—Es la tierra que habla —dijo la mujer que me había acogido—. Nos dice cuándo cazar, cuándo descansar.

Miré afuera, y el viento barría la tierra como una mano invisible que escribía runas antiguas sobre la nieve.

Sila estaba allí.Ya no hablaba con palabras, sino con frío.

—Aprende a quedarte quieto —susurró dentro de mí—.

Solo quien no se resiste al viento puede comprenderlo.

Y así practiqué la escucha: el silbido entre los bloques de hielo, el temblor de los perros, el eco lejano de la vida.

Entendí que el frío mismo era un maestro: mataba, sí, pero también purificaba.

Una noche llegó la tormenta. Primero fue un susurro… luego, un rugido.

—¡Pitaraq! —gritó Nanuq—,el viento que desgarra montañas.

Ataron los iglús con cuerdas, cubrieron a los perros, y vi cómo la luz se apagaba.

Afuera rugía la muerte blanca: el hielo cortaba, el aire hería como cuchillos. Sentí la tienda temblar — pero Sila me llamó.

—Ven —dijo—.

Si quieres comprenderme, debes atravesarme.

Salí. El mundo había desaparecido. Solo viento, solo nieve, solo yo.

Avancé a duras penas, cada paso era un nacimiento. Oía mi corazón golpear, mi respiración correr.

Entonces lo vi — un perro atrapado en la nieve, temblando, medio enterrado. Me incliné, lo levanté, lo llevé de vuelta.

No había pensamiento en ese acto, solo movimiento, solo voluntad.

Al llegar al refugio, caí exhausto.

Y en el silencio que siguió, escuché la risa de Sila — suave, cálida, como rocío sobre el hielo.

—Has aprendido —dijo—. No a vencer, sino a respirar.

A la mañana siguiente, el cielo estaba claro.

El mundo, de cristal. Los hombres cantaban: un canto sin palabras, solo aliento, solo ritmo.

Comprendí: era su oración. No un ruego, sino un agradecimiento.

La mujer que me había cuidadose sentó a mi lado, puso su mano sobre la mía, y en sus ojos estaba todo dicho.

Allí, donde la vida era tan escasa, cada gesto era una ofrenda. Incluso el amor —un regalo al frío.

Permanecí hasta que regresó la luz.
Luego llegó el día en que el viento cambió.

Sila habló por última vez: —Sigue tu camino, viajero. El sur vuelve a llamarte. Pero lleva mi aliento contigo.

Asentí.
Y al subir al trineo, los perros ladraron — no de alegría, sino de despedida.

El viento me llevó lejos — sobre hielo, sobre agua, hacia una luz desconocida.

Tras de mí quedaba el canto del norte, delante, el silencio de un nuevo mundo.

Y dentro de mí ardía una llama — pequeña, clara, invencible: el fuego del aliento.

El viento descansa. Solo el hielo habla aún, con voces finas y transparentes que se quiebran en la luz del amanecer.

Veo las huellas de los trineos,
una red de líneas sobre la espalda de la tierra,

como runas que cuentan la fatiga
y el orgullo de quienes nacen del hielo.

Makani calla. Descansa en un pliegue del cielo, donde respiran las auroras y los espíritus del aire se encuentran.

Yo, sin embargo, me quedo un instante más, entre el silencio y la eternidad, escuchando lo que no se dice.

Quizás esa sea la última lección: que sobrevivir en este mundo no es luchar, sino rendirse.

La nieve no olvida nada, y sin embargo perdona todo.

Cierro los ojos — y en algún lugar, más allá de las estrellas, Makani ríe suavemente, como un recuerdo de viento.

Pasó un tiempo hasta que volví en mí. Abrí los ojos. A mi alrededor nada había cambiado realmente, pero mi corazón y mi alma aún ardían con las huellas de esa aventura helada.

Ni el sol ni la playa podían borrar esa sensación. Poco tiempo había pasado, y sin embargo, parecía una eternidad. Cerré los ojos. Estaba a salvo. Lleno de una felicidad extraña y luminosa.